

lentamente fuera del hospital, libre por el momento, aguardaba huéspedes. Cerca de ella, otro mozo de autopsias, el vizco Lino, mucrtero del Juzgado, esperaba la carga de su colega. Estremeci6se el zinc con el desplome del desconocido. Lo empuj6 Chon, recibiol6 Lino con su eterno reojo, los dientes afuera, en rictus de difunto, reflejando tambi6n el cad6ver.

El l6vido flagelalado de la Comisaria habia adquirido palideces, en contraste con ciertas partes ennegrecidas. P6lido de blanco edema dominaba el obeso vientre en que pelos rojizos despuntaban m6s que la víspera, como para apoyar la especie de que el sistema peloso puede seguir desarroll6ndose despu6s de la muerte. Y de nuevo resaltaba en su cara el aspecto de l6brico trasnochado que entra en la postraci6n del amanecer y toma un aire contrito para volver 6 representar su papel en la farsa.

Los dos m6dicos legistas que estaban de turno ese día no se apresuraron por acudir cerca del nuevo cliente. Estaban en corrillo, y ¿quién, sin faltar 6 la civilidad, deja bruscamente un corrillo en suelo mexicano?

Eran nuestros conocidos Pedroza y Pinillos. —Rechoncho y bajo como una O el buen Pedroza hablaba, en el corrillo, de la “oposici6n” que

se iba 6 abrir en la Escuela para profesor de la c6tedra de Medicina legal.

—Yo me meteria 6 esa oposici6n! decia con acento melanc6lico; pero me horroriza tener que “machetear” tanto libro, porque para Medicina legal hay que “llevar tripa” de todo, desde Historia Natural y Química hasta...

—No tanto, compaÑerito, le interrumpi6 el otro legista, Pinillos, el *pr6ctico* Pinillos, delgado y alto como una I, cuya reputaci6n de superior empirismo se extendia del hospital Ju6rez 6 los Juzgados de Bel6n; y sigui6 contra Pedroza:

—C6mo se conoce qu6 es Ud. j6ven y por tanto te6rico!. Juventud y teoría, todo es uno. Nosotros los viejos, los macizos, somos la pr6ctica! Diez aÑos llevo de andar por aquí husmeando entraÑas. Ya no me acuerdo de la Anatomía; un poquito de Química que aprendí se me fu6, como el latín. La Histología, los microbios, todo lo chiquitito se me pierde de vista. . . . Pero husmeo los balazos, las cuchilladas, los venenos. . . . y suelo hallarlos. *Eso* es pr6ctico, lo dem6s polvorones! Qu6 nos den *eso*, una oposici6n de Medicina legal pr6ctica, y yo me meto!

Incorporados al corrillo, Sergio y Flon cambiaron miradas llenas de interrogaciones y admiraciones. Pedroza protest6 d6bilmente, sob6n:

dose al propio tiempo una oreja. Pinillos le atajó la respuesta con un “al grano! al grano!” acompañado de ademán imponente: una mano á la falda del sombrero alto para tumbárselo hasta la ceja, la otra á la bolsa trasera de la levita en busca de un pañolón cuidadosamente plegado y aplicado á la nariz con ambas manos. Ni en el tribunal, ni en junta de médicos, le fallaba este recurso oratorio después de una tirada. La mejor réplica del adversario se ahogaba en su paréntesis nasal.

Ajenos al corrillo, los muerteros se tenían firmes, cada cual junto á su plancha. Disponíase Chon á dejar listos á los autopsiados, operación de *toilette* mortuoria que le dejaba una rentita cuyos dividendos pagaban los deudos en morralla de cobres y níqueles cuando llegaban por la tarde á encajonar á su difunto. Mal que bien, distribuyó, en las cavidades abdominal y torácica abiertas, las vísceras extraídas. Le habían quedado sin abrir los cráneos, omisión frecuente en el anfiteatro cuando la sierra de Chon andaba mal y el autopsista consideraba que podía en rigor resignarse á no ver el cerebro. Como el vientre del varón estaba lleno por el intestino inflado, hubo que colocarle en el torax el hígado, un gran hígado grasoso, perforado por una chave-

ta. Algunos espacios vacíos, entre el hígado y las paredes, fueron rellenados con trozos de cerebro, sobrantes de otra autopsia. Quedó fuera de sitio el corazón masculino; Chon lo advirtió tarde, porque la víscera, dejada un momento entre las piernas de su propietario, se había deslizado á la plancha, encajándose de punta en la abertura del tubo de escape para los líquidos. Pero ¿qué era eso para Chon, diosecillo de anfiteatro, que jugaba con el caos visceral?

—Hágase la repartición de la materia!. El corazón del hombre pasó al bajo vientre de la mujer. . . . —“Ya están casados!. . . . Y que se las entiendan el día del juicio!” Eran los conceptos mismos de Chon al incurrir en ese manipuleo de los sexos.

Encendió un cigarro. Le faltaba hacer “el cocido y el lavado” de sus muertos. Bien necesitaban la limpia, porque los piojos abundaban en las cabelleras. Pero Chon descansaba, como cualquier dios en miniatura. . . . Mientras, en la otra plancha, Lino atacaba al desconocido de la 5ª con una gran incisión mediana longitudinal desde la manzana de Adán hasta el pubis. Abrióse la pared abdominal mostrando la amarilla capa grasosa subcutánea, muy espesa. Se levantó el plastrón esterno-costal, crujiendo car-

tilagos y láminas oseas como ramas tiernas y ramas secas al golpe cortante de la podadera. La mitad anterior del cuero cabelludo incindido transversalmente al nivel del vértice y remangado, se abatió sobre la cara, en antifaz macabro.

Pinillos y Pedroza se acercaron seguidos de médicos corrilleros. Detrás de ellos, Sergio y Flon hablaron quedo:

—Este Pinillos va á descubrir el lío, cuchicheó Flon.

—¿Qué lío?

—El del fraile, Elvira y el Inspector General.

—¡Ca!

—¿Cómo no? ¡Si es un hombre *práctico!*

Removió Lino las entrañas al mandó de Pinillos, y con gran disgusto de éste no aparecía nada notable. Cerebro y meninges ligeramente engurgitados; en los pulmones un poco de exudado sero-sanguíneo al corte; la vulgar grasa invadiendo todo lo susceptible, el hígado, el miocardio, el intestino sobrecargado de estalactitas amarillas. ¿No era todo eso bien poco para que un hombre muriera? Pinillos dibujó una mueca ante aquel cadáver que no le dejaba lucir sus cualidades prácticas. Para otras y no esas era

él bueno: para buscar las lesiones recónditas de un cuchillo ó de un proyectil. Que los estragos del hierro punzo-cortante se perdiesen de vista en medio de la sangre y el pus. . . . —“A ver Lino! desenrolla bien esa tripa!” ordenaba el gran práctico.

Y como él *oliera la cuchillada* no había que desplegarle los ocho metros de intestino. Su instinto finísimo, al servicio de mirada certera, atrapaba al vuelo la herida menos aparente; la milimétrica, escondida en el borde meséntrico de un asa, bajo falsas membranas. Y que lo buscado fuera bala, una de esas balas que viajan en zig-zag dentro del cuerpo, entonces el práctico Pinillos practicaba la caza; azuzaba á Lino precipitado tijera en mano sobre una pista hipotética, más husmeada que concebida. Si por acaso, la pieza ferrea escapaba al sabueso y cazador, entonces Pinillos llamaba á Chon quien, misero muertero que era, llegaba al campo necrópsico como vieja guardia. “¡Andale Chon! ándale Lino!” A las voces de mando, los dos muerteros se lanzaban. . . . Unidas sus manos sangrientas urgaban los rincones apuntados por el índice de Pinillos. . . . —“Un tajo en ese músculo! Un golpe de cincel en ese hueso!” A la verdad, el médico legista no tenía idea exacta del

músculo ó hueso que hacía cortar ó hender. . . . Pero ¿qué importaba eso tratándose del insigne práctico que *hallaba la bala*. . . . O no la hallaba! Y entonces descubría que ese pícaro cuerpo del delito había debido pasar al intestino por algún intersticio invisible y salir por el ano!

Pero el cadáver de aquel día 9 de Julio, no se prestaba para tales triunfos pinillescos.

—De qué murió este hombre? ¡Vaya un tipo que no dice nada, ni siquiera nombre tiene!” exclamó Pinillos recorriendo de alto abajo el cadáver con mirada despectiva que fué á posarse en el papelito, atado á un pie, ostentando el rótulo “desconocido”.

Con aire contemplativo observaba Pedroza, ya las displiscencias de su colega, ya las vísceras del muerto. De repente interrumpió á Pinillos:

—Habría que guardar esas vísceras y llevarnoslas para ver lo que les encontramos.

—¿Y qué les vamos á encontrar? . . . Ud. siempre con sus teorías! . . . Los aparatos de análisis son muy bonitos. . . . para verlos pintados en los libros. Pero no los tenemos. ¡Y aunque los tuviéramos! ¿Dispondríamos de tiempo para usarlos, con tanto muerto? Hay que guiarse por algo práctico cuando no aparecen las cosas de bulto. . . . Ante todo la *facha* y el *lugar*. . . .

Que es un niño escuálido encontrado muerto en un petate de portería. . . . Murió de *apachurrón*. . . . Viven tantos y sobre todo, duermen tantos en una portería! No es sólo portero y portera con su prole, sino compadres, parientes y amigos con sus respectivas. Los chamacos, nutridos de taquitos con chile y probadas de pulque, duermen tan pesadamente como las madres. Una voltereta y zas! El chamaco muere sofocado bajo un brazo, un seno ó cosa peor. . . . ¿Verdad, Chon?

—Es la pura verdad, respondió Chon aprobativo; y prosiguió Pinillos:

—Que es una muchacha flaca y ojerosa levantada de un cuartucho de vecindad. . . . ¿De qué murió? Facha y lugar! No hay otro libro que consultar! . . . Murió de amor desgraciado y de cabezas de cerillos ú otro tóxico. . . . Que es un abotagado traído de la comisaría. . . .

—De allá trajeron ese, Sr. Pinillos, clamó Chon, dando una *puntada* en la pared ventral de la muerta y añadió:

—Con que regule!

—Ya regulo. . . . Abotagado y muerto en la Comisaría. Facha y lugar. . . . No hay más allá. . . . *ergo* borrachera.

—Y fué de la 5ª Comisaría, afirmó Lino removiendo unos papeles.

—Sí; de la mía, apoyó el Dr. Sergio, obligado á exhibirse.

—Ah! ¿Es de Ud. compañerito? Es de Ud. este muertecito? Y dígame: ¿de qué *lo mató* en su acta?

—De ebriedad; pero es sólo un *parece*.

—Sí: “congestión cerebral, de origen alcohólico”, dijo Pedroza leyendo el traslado del acta de Sergio.

Triunfo completo de Pinillos. El diagnóstico probable del médico de comisaría coincidía con su diagnóstico de practicón, compilador de casos.

—Yo nomás digo; yo nomás digo... tartamudeó el tenaz Pedroza rascándose la nuca. Y rompió á objetar: que para probar en Medicina legal que aquel hombre había muerto de ebriedad era necesario extraer el alcohol del cerebro ó del hígado.

—Apriete! ¿Y los alambiques? ¿Dónde están los alambiques?” saltó Pinillos iniciando otra tirada. cuando algo llamativo vino á cortar la polémica del lado en que trabajaba Chon. Comenzaba el muertero á atacar la cabeza de la muerta. Primero *la poda* con grandes tijeras fores-

tales que esparcían por el anfiteatro un clinclin de peluquería. Revueltos con desechos en una batea, caían los negros mechones. Luego, el rocío de petróleo lloviendo de la esponja exprimida. Por último, el encender del cerillo y la chamusquina.

Levantóse al techo la llamarada, chirriaron los pelos contrayéndose en volutas de cuernecillo carbonizado, y los piojos hirvieron. Muchos, en el sálvese quien pueda de la quema, se escurrieron por la cara y cuello. La solución mercurial los persiguió en derrota, porque Chon, aunque sucio de grasas cadavéricas, era intransigente con el parásito. Aun humeaba la muerta, cuando el pelo y los piojos de un vecino comenzaron á arder por el mismo procedimiento.

—“Huele á herradero!” murmuró Flon.

—“Como que lo es este anfiteatro, le dijo Sergio por lo bajo; más herradero que mi Sección médica. Vámonos!”

Y salieron, en tanto que Lino suturaba de prisa al desconocido para restituirlo al *descanso*. Pinillos y Pedroza se quedaron cerca de la plancha.—En espera de otro cliente de autopsia, el “práctico” habló de otra cosa: de la tanda del Principal “La Verbena” á que asistiera la última noche, y de las tiples en boga.

—“Y dígame, compañero ¿Ud. por quien se declara? ¿Por la Soler ó por la Fuertes?”

En el corralón, Sergio y el practicante hicieron algunas ambulaciones semejantes á las que acostumbran los estudiantes mexicanos para *calentar* la lección antes de clase.

—Mal día, Señor, dijo Flon, extendiendo su vista por el corral cuyos yerbales agotaban sus frescas emanaciones, quemados por el sol, más y más ardiente.—Esta mañana venía yo alegre, creyendo que todo iba á hablar, que Elvira hablaría, que el muerto diría algo... A ella se la lleva Velázquez; el desconocido nada dice.....

—¿Qué ha de decir en éste corral y en manos de Pinillos?... un leguleyo!

—Pero él cree saber.

—Sí, sabe tretas

—Con ellas ha hecho reputación.

—Amigo Flon, en Medicina más que en ninguna otra carrera, hay reputaciones que empiezan por la admiración de media docena de bobos. Esa media docena, multiplicándose menos despacio que los seis elefantes de Darwin, acaban por envolver en sus juicios á la fracción inteligente. Y aquí tiene Ud. al cabo de algún tiempo, una vasta reputación fundada sobre la opinión de seis bobos.

—Con todo, si Pinillos se presenta a la oposición de Medicina legal, ya verá Ud. cómo *se la lleva*....

—Hay que impedir esa barbaridad. Le voy a decir a Pedroza que se ponga a trabajar duro para presentarse. Si yo también pudiera!

En el espíritu de Sergio bulleron ideas fantásticas de lucha por la ciencia; cruzaron por él volúmenes y aparatos, la biblioteca y el laboratorio.

Paseando en diversos sentidos por el corralón, Sergio y su practicante se habían detenido cerca del tapial oeste, en un punto en que la yerba, más alta y fresca, se esmaltaba de flores. El pié de Sergio, tropezando con detritus cadavéricos, le hizo notar que en aquel ángulo venían los muerteros a arrojar algún sobrante. Había huesos de piezas anatómicas desechadas que cedían a la tierra su carnación descompuesta. La podredumbre elaborada brotaba en perfumes de margaritas y amapolas. Un pirul de ramas plañideras sombreaba el florido rincón. Algo pendía de ellas como negro heno. Eran cabelleras de muertas, semejantes á las que ostentan los árboles de Amecameca, colgadas por los indios en supersticiosa ofrenda.

Bruscamente, salió Chon del anfiteatro con un

mechero más, las guedejas de la azteca que, antes de la quema, acababa de trasquilar en la plancha. Las colgó de una rama del pirul y arrojando entre la yerba pedazos de un pulmón hepatizado, se puso a cortar las frondas de un helecho. Tejió con ellas una guirnalda entretejida de margaritas silvestres y volvió á su mortuoria faena. Bueno era engalanar la cabeza de la chamuscada, para ganar honradamente la propina. Como Pinillos y Pedroza se retiraban, él y Lino quedaron solos, dueños del anfiteatro. Chon cantaba; y mientras Sergio y Flon, reunidos á los legistas, emprendían la salida del corral, el muertero completaba el lavado y tocado de su indígena, le ceñía la cabeza de florida hojarasca, y en su canto resonaba la copla de moda:

“¿Dónde vas con mantón de Manila
y con ese vestido chinés?”

En la puerta del Hospital, Pinillos, Pedroza, Sergio y Flon hicieron un postrer corrillo en que mediaron consideraciones corteses sobre las autopsias recién hechas.

—“Muy bien han salido,” dijo Pedroza á Pinillos. Era el momento de las antífrasis en que los médicos dicen lo contrario de lo que sienten.

Y todavía: “Especialmente la del desconocido.... Lo felicito!”

— *Veri güel!* compañero Pedroza, replicó Pinillos, sensible al halago, tragándose su sentido práctico. ¿Y Ud. qué dice, compañero Sergio? ¿Qué dice de la de su borrachón de la 5ª?

—Lo mismo. . . . ¡muy buena!

— *Ol rai!* exclamó el práctico, quien contaba entre sus cualidades la de mascullar palabras inglesas, y despidiéndose del grupo, citó á Pedroza para redactar de acuerdo, al día siguiente, el acta del “ebrio desconocido.”

Quedáronse viendo uno á otro Pedroza y Sergio, mientras Pinillos se alejaba por el callejón que va del hospital al jardín de San Pablo. Dudaban ambos de si debían reirse ó enfadarse.

—Pero hombre, Chucho, (Pedroza se llamaba Jesús) ¡que hayas dicho que tan bárbara autopsia estuvo buena!

—Convengo en la barbaridad, pero tú la apoyaste.

—Yo, por *llevarte el bajo*.

—Y yo, por llevarle el bajo. . . .

—¿A Pinillos!

—Quiero decir: á la política. . .

—¡Oh política! es la que nos pierde; la que mata nuestra Medicina nacional. Nos tratamos

unos á otros alternativamente de “sabios,” o de “brutos,” por política...

Sergio se detuvo. Por su mente cruzó de nuevo la “oposición” de Medicina legal, y con ella ideas levantadas de lucha científica. De tanta altura se despeñó á los bajíos de un *plan para empinar* (*) a Pinillos. Convino con Pedroza en que lo animarían para que se presentase. Ellos se prepararían “muy por debajo del agua” sin que él lo supiera.

—¡Sí que lo *empinarían!*

—¿Qué conoce *éste* del cuerpo humano? dijo Sergio.

—¿Y qué conoce de venenos? reforzó Pedroza.

Rompióse el corrillo. Ambos se fueron á tomar el tranvía de Loreto. Por otro lado partió Flon, sombrío. La mañana alegre tornábase en mediodía pesado... ¿Qué fué de Elvira? ¡Nada! El inspector Velázquez la había escamoteado. Preciso era arrancarle el misterio. Insensiblemente, con la costumbre de relacionar su trayecto con su estado de ánimo, dejó á un lado la calle de la Garrapata y se fué al centro de la ciudad por la Buena Muerte.

(*) En lenguaje familiar mexicano, *empinar* á alguno es (al contrario del significado directo) echarlo hacia abajo.

Como pasara por “el Distrito,” su preocupación le impulsó hacia el despacho del Inspector general donde esperaba sacar al Secretario Tecla algunas revelaciones. Pero Tecla le recibió teleando en la Smith 1er. una comunicación oficial para el médico de la 5ª. En ella se proveía contra la dualidad de supernumerarios en la Sección Médica, elevando a uno de ellos a la categoría de titular con treinta y cinco pesos al mes.

Pronto reconoció Flon no ser él el agraciado. Y con intensa amargura, se dió cuenta de que había trabajado para Carriles.